

Optimismo de fondo

XAVIER BRU DE SALA

LA VANGUARDIA, 30.11.07

Mientras gobernaba, en CiU tragaban bilis y afirmaban que las cosas iban bastante bien. Ahora dudan de si hicieron bien. Ha sido necesario pues que el nacionalismo dejara de empuñar el poder vicario de la Generalitat para que Catalunya pudiera realizarse un chequeo más o menos certero. El resultado, ya certificado, es que presentamos más carencias de lo que estaba comúnmente admitido.

Son carencias, con las infraestructuras, la enseñanza y el gravísimo déficit fiscal al frente, que provienen de una acumulación histórica de errores propios y discriminación no del todo ajena.

Mientras duró el pujolismo, el mensaje oficial y el oficioso afirmaba que lo conseguido distaba de lo óptimo pero era suficiente.

No era cierto. Ahora que salta la venda de los ojos -gracias al cambio como condición imprescindible, insisto-, corremos un serio riesgo de fijarnos sólo en las deficiencias, de suponer que no tienen solución y en consecuencia de caer en la desesperanza.

Tal vez la actitud más aconsejable o rentable para la manifestación de mañana debiera consistir, más allá de ser una jornada de protesta y desahogo de malestares colectivos acumulados, extremo inevitable y saludable, en la expresión de una resuelta y reflexiva serenidad: no hay salida a corto plazo, pero contamos con fuerzas y capacidades para salir

adelante. Estamos muy lejos de las peores situaciones históricas, con horizontes más despejados que en cualquiera de los últimos siglos. No carecemos por completo de soluciones a los problemas, por lo menos a las carencias no imputables al contencioso Catalunya-España. Al contrario, por el mismo hecho de precisar su contorno y alcance ya puede decirse que no pocas patologías entran en vías de solución. En el capítulo de las infraestructuras, Catalunya entera está tomando conciencia de la dimensión histórica de la discriminación. Como en el déficit fiscal, de inversiones y de financiación, ya no son minorías más o menos silenciadas las que ponen el dedo en la llaga. Está llegando la hora de la unanimidad en los diagnósticos, que ya es mucho. El bloqueo político y la satelización de todos los partidos catalanes, de todos, respecto del sol que brilla en Madrid, es un dato poco alentador. A pesar de ello, sí debería quedar instalado en las conciencias el optimismo del vigilante. Antes dormitábamos como si no estuviéramos en una encerrona. Ahora estamos de guardia, conteniendo la estridencia inherente al descubrimiento. Este es el cambio. Ya es mucho. No sabemos en qué parará, pero la corriente de fondo, que es ancha y profunda, invita a confiar en el futuro.

Por otra parte, que los problemas de Catalunya se hayan revelado crónicos no debe ser óbice para señalar los logros. Logros en cohesión y desarrollo social, en numerosos sectores universitarios y de investigación científica, en sanidad pública y tecnología de la salud, en la diversificación y versatilidad del tejido empresarial, en numerosas realidades culturales, etcétera. Ciertamente Catalunya ya no es, en casi ningún sentido, la capital económica de España. ¿Era evitable? En cambio, se han mantenido buenos índices de crecimiento del PIB, en la mayoría de servicios públicos y en bienestar, lo que tiene un considerable

mérito dadas las circunstancias poco favorables. En términos de modelo de sociedad y crecimiento, estamos tomando como modelos a los países pequeños pero equilibrados y con fuerte impulso que marcan tendencia en Europa. Asimismo, el proceso de toma de conciencia de los déficits y la discriminación no ha conllevado explosiones de ira ni salidas de tono. Contra lo que los amigos de la provincianización desearían, Catalunya anda contenida, es poco amiga de estridencias y hace gala de un ahorro ejemplar de tensiones internas, lo que no puede predicarse de otras épocas supuestamente idílicas pero que acabaron en tragedia. Nos hemos descubierto como una colla d' esquilats pero no somos, para nada una colla de ximplers o de rucs. Lo que ha estado haciendo Catalunya, o sea constatar y meditar, es digno de muchos elogios y no invita para nada al pesimismo. A pesar de las penosas circunstancias y la ausencia de perspectivas a corto plazo. Volvamos a la corriente de fondo de una parte creciente de la sociedad catalana, la corriente que en sus albores llevó a la redacción del nuevo Estatut, que cobró impulso con la posterior decepción y sigue tomando cuerpo, a pesar de que no está alentada por los medios de comunicación ni liderada por ningún político. Esa corriente aflorará. No lo duden. No mañana ni el año próximo, sino en un momento indeterminado del futuro, para el cual conviene ir practicando ejercicios de serenidad. Ni rabieta ni melancolía pues, sino cuaderno de notas, contención, reflexión crítica, aumento de la exigencia y de la autoexigencia.

Los organizadores, que tienen la virtud de la discreción, hubieran podido convocar la manifestación en l' Hospitalet, cerca del epicentro del problema. Habría sido una importante deferencia simbólica. Para la próxima ocasión, que la habrá, la sugerencia consiste en que pidan a los partidos políticos, a todos, que se abstengan de asistir.

